

## IX

Desde aquel momento y todas las noches, salvo raras excepciones, durante tres cuartas partes largas de un año, conducíame el mismo camino, hiciera el tiempo que hiciese, a aquel Montmartre de mis desposorios, y me volvía a conducir a aquel Batignolles desde hacía tanto tiempo familiar. El mutuo afecto, creo —pese a todo el porvenir llamado a convertirse en este triste pasado de ahora— poder con justos títulos expresarme así, la recíproca afición iban en aumento por ambas partes. Establecíase ya intimidad entre nuestras familias. Yo iba todos los domingos a comer con los M..., que también invitaban con frecuencia a mi madre; la *Buena canción* “estaba en su apogeo” metafórica y literalmente hablando, y el querido libraco acrecíase diariamente con algún verso. Muchas de esas casi improvisaciones, quedaron suprimidas al entregarla a Alfonso Lemerre, que era ya el célebre editor de siempre, del pasaje de Choiseul, el manuscrito definitivo, y yo lo lamento y las lamento, verdaderamente, hoy que juzgo las cosas, si no mucho más, lo que se llama “fríamente”; por lo menos, desde el punto de vista literario, desde más lejos, desde más arriba, si se prefiere,

en una palabra. Esos poemas sacrificados valían, muy ciertamente, tanto como los otros, y yo me pregunto hoy el porqué de ese ostracismo... puritano quizá, pues en lo que alcanza mi memoria, no de los versos, que ya se me han olvidado del todo, sino su "espíritu", debo confesar que me parece que fué por su... vivacidad... ¡oh!, tan relativa que basta con decir por qué los borré, como se dice, de mis papeles, en aquellos mis tiempos de abandono completo al goce de delicadezas ni siquiera todavía conyugales, con mano brutal y púdica—que en el fondo viene a ser lo mismo—, pues el pudor, fruto del pecado, conserva su acre sabor.

Pobres, inocentes primicias intelectuales de lo que, a vuelta de meses y más meses, habían de darme y prodigarme, mediante ésta y la otra ceremonia ridícula o adulterada, el día celestial y su consecuencia... inmediata; ¡con qué severidad injusta osaba, pues, herirlos mi escrúpulo de "futuro", escrúpulo todo flamante, maravillado de existir en aquel yo mío que tanto tiempo hacía, perdiera la costumbre de esas cosas venerables...! ¡Ay, no había yo — aún después de un largo intervalo de contrición sincera a los pies de un Dios en quien creo todavía, aunque tan mal hoy— entonar otras canciones de las que creeríase "cuidadosamen-

te" desterrada la menor hipocresía, o mejor dicho, la menor reserva y a propósito de las cuales no tengo nada de qué arrepentirme, sino que todo lo contrario, arrullan para despertar los más ardientes y fieros, mis deseos que ahora se cifran del todo, o poco menos, en la carne!...

Pasaba el tiempo muy lentamente a juicio de mi impaciencia, de una dicha definitiva, según yo pensaba con todas las fuerzas de mi sentimiento, y mi razón. Después de los meses de lluvia y nieve, en las que yo me chapuzaba no sin encanto como un aventurero —¡cada cual hace lo que puede, y además me aguardaba la aventura infinita!—, vinieron abril y los primeros días de mayo fresquitos y coquetones, que me obligaban a enarcar bajo su picante caricia mi busto esbelto entonces y estirar mis corvas en aquel tiempo infatigables, sobre todo tratándose de peregrinaciones como las que realizaba al hotelito de la calle de Nicolet.

Al llegar el estío, aquel pesado estío de 1870 —en esa fecha hállase ahora mi relato—, con sus tardes interminables y la frecuencia de sus tormentas, empezó por fin a hablarse, en mis visitas de después de la cena, de fechas, y desde que empezó junio quedó convenido que, a mediados de mes, había de celebrarse la feliz ceremonia.

Así, pues, ha de ser en claro día de estío;  
 El gran sol, cómplice de mi alegría,  
 Hará entre el raso y la seda  
 Más bella aun tu belleza querida.

... ..

Y llegada la noche, será dulce el aire  
 Que jugará acariciando tus velos.  
 Y con plácida mirada los astros  
 A los esposos sonreirán benévolos.

Pero parece oportuno, puesto que estoy en vena de citar cosas mías, y antes de meterme de lleno en todas las profundidades de mi extraña vida privada, precisar mi situación literaria en aquel crítico momento. *Los Poemas saturnianos* contemporáneos del *Relicario* —uno y otro libro vieron la luz el mismo día de 1866—, habían tenido lo mismo, dicho sea de pasada que el libro de mi querido Francisco Coppée, una fortuna diversa; no pocas revistas y diarios, muertas y muertos de entonces acá, concedieronle, algunos con profusión, el elogio incompetente —entonces me parecía y aun sigue pareciéndome grande— o la censura sin discernimiento, o más bien sin buena fe. Otros por el órgano de personas serias; Roqueplan, Yriarte y “Tutti Quanti” nos alentaron verdaderamente. Saint-Beuve, por ejemplo, tomóse el tra-

bajo de escribirme en varias ocasiones minuciosamente, lo que prueba su interés, y, en una visita que le hice en compañía de Coppée, estuvo muy interesante. Aun me parece verlo, con aquella cara en donde la gordura de los años había borrado la fealdad inicial: calvo, afeitado, con unos ojillos algo chinescos y una mueca sutil más que maligna, aunque bastante maligna ya. Con un gorro de terciopelo negro en la cabeza, vestido todo él de franela blanca, por culpa del reuma —¡ay!, yo también había de saber después lo que es eso—, tenía el aire de un papa heteróclito en su inmenso sillón. Añádase a esto una muy latente melancolía de seminarista tirando a jansenista y de mujeriego retrospectivo y lleno de recuerdos celosamente callados.

Era a mis ojos más todavía el hombre de *voluptuosidad* que el escritor, aun tan sabroso, pero no exento de secretos algo extraños a los últimos *lunes*, y al contemplar aquella cara, entre volteriana y clerical, y por encima de todo, y a pesar de todos los pesares poética a su modo, muy suyo, íntima y penetrante entre todas, repetíame yo mentalmente, y en las barbas de quien los escribiera, aquellos versos *libres* atribuídos a un mozalbete entusiasmado por un pronto destino de desterrado dos veces, por la política de su padre y por su vacilante salud:

Dios mío, devolvednos el mar  
Y la montaña de San Pedro  
Y nuestro jardincito,  
Y a la abuelita, el jazminero.

Hablaba con voz cuya entonación ya casi he olvidado, aunque según lo que puede alcanzar mi memoria desde tan lejos, y habiéndola oído una vez sola, era clara, más bien que alta; mesurada; ponderada, más bien que positivamente lenta. Díjonos cosas amenas en una lengua que corría salpicada de toques pintorescos, como un arroyuelo por sobre hierbas y guijas; recuerdos sin demasiadas anécdotas. Hablaba de Víctor Hugo con una reserva admirativa que el autor de los *Castigos* más bien que el de los *Rayos* y *Las sombras* no profesaba mucho con respecto al de las *Consolaciones*, según podía ya entonces y pude después convencerme en muchas conversaciones habidas entre el gran hombre y mi menguado yo...

Cuanto a nosotros y a nuestros comienzos, felicitónos amablemente, no demasiado paternalmente, sino más bien avuncularmente —la palabreja no es mía—. Sus benévolas críticas versaban principalmente, sobre mi abuso de las palabras retumbantes en K y en Y y en C, resabio de lecturas harto juvenilmente convencidas de

## C O N F E S I O N E S

---

Leconte de Lisle. Sin embargo, a pesar de los Tchandra y los Curya, que abundaban en él con exceso a juicio suyo y al mío... de hoy, gustábale el poema Cavity:

Así como Cavity hagámonos impasibles,  
Pero lo mismo tengamos en el alma un alto designio.

Habiendo derivado ligeramente la conversación hacia la vida privada, ¿cómo podía ser de otro modo con José Delorme?, y visto que yo le hablaba de mis proyectos de casamiento sin entusiasmo, ni tampoco, según creo, sin causticidad, “concluyó” por estas palabras o esta frase:

—¡Eso hay que verlo, eso hay que verlo!